

Consideraciones y consecuencias metodológicas en torno a la globalización y la comunicación

MARÍA DE LA LUZ CASAS PÉREZ

Resumen

Dentro de la crisis de los paradigmas, la globalización parece ser el nuevo *constructo social* que permite entender los fenómenos de organización social. Lo *global* y, por extensión, la *globalización* son categorías de análisis cuya base fundamental es económica pero que han venido utilizándose con referencia a distintas manifestaciones de lo social. Este artículo explora aquellas consideraciones metodológicas que deben ser tomadas en cuenta al utilizar la globalización como macrocategoría de trabajo y, por otro lado, las consecuencias de esta última en relación con fenómenos observables específicamente en el campo de la comunicación social. Por otra parte, analiza las nuevas formas de relación que se producen en condiciones de globalidad y en particular el papel de los medios de comunicación en la construcción de las identidades sociales globales, nacionales y culturales.

Abstract

Within a crisis of paradigms, globalization seems to be the new *social construct* which orients social organization phenomena. *Global* and *globalization* are the new categories of analysis which, although related to economics, have been used to understand other social manifestations as well. This article explores those methodological considerations which have to be taken into account in using globalization as a working macrocategory and, on the other hand, explores its consequences and the relationship with mass communication phenomena. Furthermore, this article deals with new forms of social relations which are produced in global conditions and specifically deals with the role of the mass media in the construction of social identities, namely global, national and cultural identities.

A más de quinientos años del descubrimiento de América, el hombre moderno todavía se maravilla de que el mundo sea redondo y no plano; a más de cien años del descubrimiento de la electricidad, todavía nos admiramos de que podamos estar en contacto unos con los otros a la velocidad de la luz; a más de cincuenta años de la puesta en marcha de la televisión comercial, hemos descubierto que las mismas imágenes circulan alrededor del globo terráqueo.

¿Por qué es hasta ahora cuando tomamos conciencia de que las condiciones de estructuración de nuestros espacios de convivencia son distintas? ¿Es que el proceso en el cual nos sumergimos hace más de quinientos años apenas comienza a dar frutos?

Una de las condiciones emergentes descubierta en nuestros nuevos esquemas de relación está centrada en lo que hemos denominado “globalización”. Como tal, ha merecido ser la temática principal en congresos, simposios y reuniones académicas de muy diversa naturaleza. Pareciera ser el nuevo *constructo metodológico* a partir del cual las ciencias sociales realizan un acercamiento a los fenómenos sociales, económicos, políticos y de muy diversa índole.

Además de ser el tema *académicamente de moda*, también es la categoría más utilizada recientemente en la bibliografía neoliberal acerca de algunos fenómenos de apertura económica en su relación con otros de corte político-social.

El problema es que no sabemos si la globalización es causa o efecto; si se da como nuevo fenómeno, si se trata de un nuevo *estadio* de lo social; si lo *globalizado* y lo *globalizante* tienen características propias; en suma, si se trata o no de un nuevo *paradigma* de las ciencias sociales. Más bien y dado que no existe *una única globalización* (puesto que los referentes empíricos en torno de los cuales se “globaliza” o se estudia “lo globalizado” pueden cambiar), nos permitiremos apuntar algunas de las cuestiones metodológicas cuya implicación deriva de tomarla como punto de partida para el análisis.

Como macrocategoría de trabajo, la globalidad —pese a su carácter inclusivo— no puede abarcarlo todo. Existen manifestaciones sociales que se dan *fuera de la globalidad*, como las fragmentaciones y las exclusiones de lo global; o bien, existen áreas de trabajo y de estudio que tienen que ser dejadas de lado porque no entran en el proceso de globalización analizado; así, la globalidad puede ser económica y provocar fenómenos de dispersión homogénea de la distribución de los bienes, pero puede interactuar en distintos niveles con lo político y con lo social, hasta generar exclusiones y asimetría.

Este trabajo plantea como premisa esencial que la globalización arranca de sustratos variados que deben ser metodológicamente tomados en cuenta para articular el fenómeno, al mismo tiempo que

se enfoca, de manera particular, a las consecuencias de la globalización en relación con fenómenos observables específicamente en el campo de la comunicación social.

Consideraciones económicas

La globalización ha sido considerada como parte de los procesos recientes de *interconexión de realidades*, y articulada, de manera inmediata, a los fenómenos de interconexión de economías. De hecho, estar globalizados remite a pensar en tener la condición de acceso irrestricto a bienes y servicios de naturaleza diversa para el consumo mundial; lo que frecuentemente olvidamos es que los fenómenos mismos de globalidad económica y de vinculación entre economías no se dan sino como parte de una necesidad de relación política. Es decir, lo que facultó la posibilidad de establecer nexos socioeconómicos estables entre los Estados-nación fue la necesidad de garantizar la estabilidad de sus propios estamentos políticos.

La historia misma de la ciencia económica nos demuestra que las naciones más desarrolladas económicamente son aquellas en las cuales se hace presente la existencia de una necesidad primigenia para el intercambio de bienes y servicios, ya sea por su propia incapacidad para producirlos o bien como causa y a la vez derivación de las tendencias colonialistas e imperiales del momento. Existen, sin embargo, algunas características de contexto —clasificables como esenciales— que nos hacen pensar en que la naturaleza de aquellos primeros intercambios económicos¹ era fundamentalmente disímil de la de los intercambios actuales, ahora llamados *globalizados*.

En primer lugar, estaban restringidos por consideraciones político-territoriales que garantizaban la independencia de cada una de las naciones que entraban en la relación económica; en segundo lugar, había un sustrato identitario cultural muy sólido que prevenía la posibilidad de integraciones políticas no deseadas, lo cual no

¹ Nos referimos aquí a cualquier otro intercambio económico fundamentalmente previo al siglo XVIII, en el cual, debido a condiciones del avance de la tecnología industrial y de comunicaciones, los bienes y servicios económicos eran considerados de naturaleza artesanal y por tanto no susceptibles de ser diseminados de manera homogénea a grandes velocidades.

descartaba sin embargo la existencia de una influencia cultural bien aceptada, que permitía además el crecimiento social e integraba nuevas condiciones artísticas, sociales y culturales para el desarrollo; tercero, los intercambios de índole económica se encontraban muy marcados por limitantes de tiempo y de espacio, lo cual funcionaba como anclaje de extensión imperialista.²

La globalización, en tanto fenómeno de apertura de fronteras y liberalización de mercados que ahora conocemos, no implica una concepción económico-política nueva o privativa de este siglo, puesto que en realidad se refiere a procesos de flujo de capital de inversión de un país a otro que ya se venían gestando desde siglos anteriores; tampoco es privativa de la transnacionalización, pues ello es semejante a lo sucedido en los días tempranos de la industrialización de Inglaterra en el siglo XVIII.³ El deseo de extender las fronteras económicas es un viejo deseo de los economistas políticos gracias al cual los individuos, en lugar de ser simplemente ciudadanos, se convierten en los grandes consumidores del mundo. La extensión del mundo es posible gracias a la ampliación de las actividades económicas.

De tal suerte, la mayor parte de las concepciones teórico-metodológicas con las que hoy se trabaja el concepto de globalización asocian al liberalismo económico, junto con sus variantes neoliberales modernas, como el antecedente más directo de los fenómenos de expansión económica.

Aquí debemos detenernos, no obstante, a realizar algunas precisiones: pensar en la globalización como correlato de la expansión mundial y de la *concepción de mundo* que tenemos quienes lo habitamos, puede llevarnos a nuevas articulaciones conceptuales, si tomamos en consideración reconocer que lo mundial hace referencia más bien a aquello que es conocido, y que por serlo puede ser

² El intercambio de un bien perecedero, por ejemplo, estaba condicionado a las posibilidades de transportación del mismo, que hacían posible que el intercambio fuese efectivo. Así, tiempo y espacio eran las condiciones que limitaban las posibilidades de la relación con otros, y por tanto, nunca podían concebirse como relaciones *globales*. En el momento en que se descubre la manera de alargar el tiempo de vida de los productos (ya sea por medio de congelamiento, deshidratación u otros), los límites del intercambio económico y del espectro del mundo conocido se amplían y se llega así a la expansión global.

³ N. Chomsky, "La sociedad global", en H. Dieterich (coord.), *Globalización, exclusión y democracia en América Latina*, México, Joaquín Montiz, 1997, pp.13-14.

objeto de dominación.⁴ Así, se enlaza la concepción de economía-mundo (Braudel, 1991:107-115) al concepto de globalización: hemos llegado a un punto en que ya no hay nada más por conocer o dominar.

No obstante, el concepto de mundialización implica la superposición de una concepción de mundo por sobre las otras; en este caso —y a partir del descubrimiento de América—, la imposición del mundo occidental por sobre el resto. Es esa noción occidentalizante⁵ la que de hecho predomina, como concepción única del mundo, pero arropada en una máscara de globalidad.

Consideraciones políticas

Durante casi dos siglos, el proyecto de integración mundial ha privilegiado una visión geopolítica. La palabra *internacional* surge precisamente en la Inglaterra del siglo XVIII como vocablo que quiere indicar *un proyecto jurídico-político de ordenamiento del mundo*.⁶

Otras lógicas dominan ahora nuestra concepción del globo; tomando en consideración precisamente que hoy en día nuestro mundo conocido se ha ampliado, ahora queremos llevar a cabo un ordenamiento jurídico-político del planeta; pero además, éste tiene en realidad bases económicas: la unificación de nuestro entorno conocido está prevista en términos de uniformidad de intereses de desarrollo; así, los Estados-nación circulan en sus lógicas desarrollistas alrededor de las concepciones de desarrollo que les entregan las economías más avanzadas.

La unificación del mundo a través de los valores políticos —y en tal sentido, la lógica jurídico-política de las potencias imperiales de

⁴ Aquí hacemos referencia al concepto de *economía-mundo* del historiador Fernand Braudel (*Écrits sur l'histoire*, 1969; *Le monde actuel, histoire et civilisations*), y la articulación entre toda una concepción de historia y de devenir humano en relación con lo que es conocido como entorno próximo económico.

⁵ Aun cuando Oriente poco a poco permea con sus prácticas los campos de la administración y del comercio internacional, lo que estamos viendo en este mundo globalizado es a un Occidente con *tinturas* orientales. Japón, Taiwán, Corea y Singapur son en realidad cuatro tigres del Pacífico que ya se conciben como concepciones occidentales del mundo económico.

⁶ A fines del siglo XIX se multiplican las formas de interacción y se generaliza el término.

los siglos xv y xvi— se transforma, a partir del siglo xviii, en unificación del mundo a través del mercado.

Sin embargo, algunas naciones en vías de desarrollo siguen esperando que las potencias imperiales dicten las formas de relación y marquen las pautas; la política entonces se dobliega, apaciblemente, frente a la economía y las fuerzas del mercado.

Ante fenómenos de globalización reciente —producto de las tendencias neoliberales de la economía mundial—, la actitud del Estado, por lo menos en nuestros países de América Latina, ha sido la de replegarse frente a los mandatos del libre mercado. El problema del Estado se halla, pues, en el centro del debate de las políticas neoliberales —que parecen ser la justificación teórica para la existencia de la globalización— pues la naturaleza de los Estados nacionales se ha visto transformada sustantivamente: de ser Estados nacionalistas, sustentados en la tutela de los derechos sociales y las políticas del bienestar, se han transformado en Estados subordinados a los centros de poder financiero internacional.⁷

Consideraciones sociales

La globalización comienza a transformarse en sinónimo conceptual de integración social en el rango planetario, en constructo de interpretación de realidades, en único articulador de imaginarios sociales que actúan en todas las latitudes. El nuevo orden erróneamente denominado *global* se convierte en la macroexplicación social para todo cuanto sucede.

No sabemos cuál será el dictamen final de los estudiosos de las ciencias sociales cuando la globalización sea vista como fenómeno social en retrospectiva. Puede ser que los historiadores del futuro vean en el siglo xx un parteaguas para la interpretación de la historia contemporánea. La aparición del constructo de lo *global* vendrá entonces a marcar los nuevos nichos de interpretación de las realidades del siglo xxi.

⁷ L. J. Garrido, "La crítica al neoliberalismo realmente existente", en N. Chomsky, *La sociedad global. Educación, mercado y democracia*, México, Joaquín Mortiz, 4a. reimpresión, 1997.

En la globalidad, el ser humano de fines del siglo xx y principios del xxi encontrará la oportunidad para *religarse* con sus congéneres, ya que como la globalidad —en una atmósfera de inevitabilidades que elimina raza, sexo, edad, valores culturales, políticos o religiosos— nos abarcará a todos, querámoslo o no se convertirá en la más democrática de las nuevas ideologías sociales. No podemos evitar ser parte y víctimas de la globalización.

Hemos llegado a un punto en la historia en el cual hemos transformado el sentido de lo local en mundo y del mundo en lo local. A ciencia cierta no sabemos si estamos viviendo el imaginario de la globalidad, o bien si a resultas de la globalidad estamos compartiendo el mismo imaginario social en el nivel planetario. Por otra parte, estamos en el vértice de los cambios. En el torbellino tecnológico de la globalización lo que percibimos es un fenómeno de deslocalización de las culturas y desconcentración de los poderes.

Por lo pronto, observamos que en el nivel social el fenómeno lo inunda todo: socialización, culturización, participación de los actores sociales en la esfera pública. La globalización será el nuevo constructo social que remplazará la visión lineal de la historia; la racionalidad del siglo xx finalmente recibirá un diagnóstico fatal por no habernos llevado a la modernidad, ni habernos acercado tampoco al fin de la historia, como preconizaba el augurio posmoderno. Supliendo todo aquello resurgirá la globalidad, con anclajes en la más pura necesidad religiosa de darle un sentido último al devenir de la raza humana.

Consideraciones culturales

En lo social, la globalidad debería representar una multiplicidad de opciones; sin embargo, al constituirse como fenómeno estandarizante, anula en la realidad toda opción de identidades distintas.

Pudiera pensarse en lo absurdo de que una de las consecuencias de la globalización sean precisamente los separatismos, especialmente en un mundo interconectado, donde los medios de comunicación desempeñan un papel preponderante para la unificación de la llamada “aldea global”. Basta mirar alrededor y observar que la constitución de los Estados nacionales resulta insuficiente en un

mundo empeñado en la estandarización de los mensajes y del consumo cultural unificado. En distintas partes del globo los movimientos segregacionistas o francamente separatistas ponen de manifiesto necesidades inconclusas de expresión cultural que los Estados nacionales no han podido o no han sabido satisfacer.

Los mensajes globales de los medios tienden a alimentar la idea del libre flujo de las informaciones y, con ello, la libre participación ciudadana. Sin embargo, la estructura internacional de las comunicaciones obliga al individuo a perder su categoría de ciudadano para diluirse en el gran fenómeno de la globalidad; a dejar de ser distinto para ser igual, a dejar de lado los individualismos para conformar proyectos estandarizados de interacción. El individuo acepta entonces temporalmente diluirse ante el mundo, pero el fenómeno eventualmente atenta contra su identidad nacional y cultura. Así, como diría Fuentes (1992), la "aldea local" se enfrenta a la "aldea global".

La globalización, en efecto, genera múltiples regresiones: genera el anonimato, la uniformación de las culturas, la homogeneización de las identidades, pero representa también una oportunidad única para los hombres de diferentes civilizaciones del planeta, de comunicarse, comprenderse y favorecer los mestizajes (Morin, 1997).⁸ Pero lo anterior sólo puede lograrse si nos convencemos de que somos ciudadanos del mismo planeta; dicha toma de conciencia de la comunidad de destino terrestre es la condición única que favorecería la convivencia. De otro modo, podemos generar el repliegue y la cerrazón, la intolerancia y los separatismos.

Consideraciones tecnológicas y de comunicación

Los medios tecnológicos y las grandes estructuras internacionales de comunicación resultan la prueba más fehaciente de las posibilidades tangibles de la globalización. Esta última es un hecho, diría la lógica de los imaginarios globales, en la medida en que todos podemos estar interconectados al unísono en una gran red de comunicación.

⁸ Las ideas de Edgar Morin han sido tomadas de una entrevista reciente, realizada por Anne Rapin, *Label France*, revista del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, núm. 28, julio de 1997, pp. 30-32.

Cual grandes vasos comunicantes, los sistemas globales de telecomunicaciones nutren la savia de las sociedades interconectadas hasta lograr consensos en la "compra" de las ideologías del momento. CNN nos trajo la Guerra del Golfo en vivo y en directo, CNN puede lograr que estemos nuevamente atentos ante las consignas de Saddam Hussein o la problemática Clinton-Lewinski. CNN puede lograr que Madeline Albright rinda cuentas ante el planeta de sus consignas diplomáticas en el gran *Town-Hall Meeting* del mundo.

No solamente la televisión es la gran ventana de lo global; internet se está convirtiendo rápidamente en el gran sistema neuronal del mundo. Las antenas parabólicas que reciben las señales vía satélite son los oídos del planeta y los propios satélites o centinelas silenciosos son los ojos que nos vigilan 24 horas al día. En suma, las telecomunicaciones son la presencia virtual que expresa lo que millones de habitantes en todo el mundo quieren decir, oír o saber; sin esa *articulación de intenciones de comunicación*, los brazos tecnológicos de la globalización no tendrían ningún sentido.

¿Qué representa lo global cuando los medios ocupan vacíos de representaciones sociales y políticas?

Lo fragmentario es un rasgo estructural de los procesos globalizados; representa una forma de reordenar las fragmentaciones articuladas en forma paradójica o ambivalente. Como diría Norbert Lechner, tenemos proyecciones pero no hay proyectos (Lechner, 1987:260), y en ese sentido la globalización es una posibilidad vacía.

Hemos hecho un recorrido breve por las consideraciones teórico-metodológicas a tomar en cuenta para acercarse al fenómeno de la globalidad o del mundo globalizado, sin pretender ser exhaustivos ni en el primer propósito ni en el segundo. Ahora corresponde preguntarnos cuáles son algunas de las consecuencias de la globalidad.

En primer lugar, como bien ha dicho Jesús Martín Barbero, no es posible hablar de la globalización sin percatarnos de que debido a ella se han desatado cuatro hechos inevitables:

- 1) Una gran concentración empresarial.
- 2) La aparición de industrias culturales en el nivel global.
- 3) La transformación del mundo en nuevas identidades.
- 4) Una dependencia exacerbada en torno a las nuevas tecnologías (Martín Barbero, 1997:27-42).

La liberalización programada de las economías en el rango mundial ha ido provocando una onda expansiva que inunda todo lo que toca. Los grandes centros de poder antiguamente conocidos como imperiales, transnacionales o con cualquier otra denominación ahora son *empresas globales*. La única diferencia con la concepción anterior es que ahora pregonan la ideología de la globalidad, que es además la propia ideología occidental pero revestida del folclor y la magia de las culturas alternativas.

No existe una única globalización, entendida como la expresión capitalista de las naciones occidentales. Occidente y Oriente se tocan y Latinoamérica solamente mira.

Las industrias culturales globales no son únicamente estadounidenses; también hay japonesas o taiwanesas. El producto cultural a vender tiene muchos consumidores, y puede ser fácilmente adaptado a los particularismos culturales, aunque en el fondo el mensaje es el mismo: todos somos partícipes del mismo entorno global. En este sentido es que estamos viendo una recomposición de las identidades culturales. La nación ya no es más el constructo simbólico que unía a las comunidades sociales y culturales.

En el mundo globalizado las tecnologías borran las fronteras y todos somos parte del mismo entorno; el mensaje que anteriormente circulaba cargado de simbolismos comunitarios que le daban mayor sentido a su existencia se diluye en favor de ideologías más débiles pero más incluyentes.

En realidad, como diría Néstor García Canclini, hemos sufrido una reducción del conocimiento y de los saberes a la construcción de narrativas múltiples. El conjunto de narrativas no es sino una serie de aproximaciones parciales, en muchos puntos divergentes de lo que puede dar sentido a una comunidad o a un grupo. La diversidad de narrativas es aceptable mientras no interfiera con el imaginario global. Todo cabe dentro del mismo propósito: perpetuar las condiciones de la globalidad.

Finalmente, la globalización es como la línea asintótica que prolongada se acerca indefinidamente a una curva sin llegar nunca a encontrarla. En la globalidad se promete la integración pero se da la ruptura; se promete la concentración pero se estimula la desconcentración; se augura la simetría pero se provoca la asimetría.

Consecuencias de la globalización

Entre las consecuencias de la globalización encontramos justamente un nuevo *mapeo de órdenes*. Los órdenes económico, político, social, tecnológico y comunicacional que fueron nuestros puntos de anclaje o consideraciones teórico-metodológicas para la interpretación del fenómeno de la globalidad, son precisamente los planos en los cuales estamos observando una nueva recomposición de mapas de ordenamiento.

Debido a que la globalidad representa una *nueva manera de estar en el mundo*, y debido a que lo global elimina fronteras y por lo mismo desconoce territorios, encontramos nuevas formas de relación tejidas por los nuevos espacios virtuales.

La virtualidad de las redes escapa a la racionalidad que conocimos en siglos anteriores; trastorna la imagen mental del mundo que habitamos, multiplica nuestras temporalidades, altera nuestras lógicas anteriores de comunicación y por tanto se convierte en una afrenta directa a nuestras identidades.

En un mundo interconectado como el que ahora vivimos, los contenidos simbólicos que circulan por las estructuras internacionales de comunicación parecen apuntar hacia las identidades globalizantes, es decir, aquellas en las cuales las diferencias culturales se diluyen en favor de una estandarización transnacional. Dicha propuesta intersecta con contenidos simbólicos correspondientes a antiguas identidades nacionales que tradicionalmente circulaban a través de los medios de comunicación y que soportaban bastante bien una idea de país o de Estado nacional. A pesar de asistir al desgaste de las ideologías nacionales, pareciera que la ideología de la integración en bloques y de la globalización no alcanza a sustituir los viejos ideales de individualidad y democratización.

Los nuevos "ciudadanos del mundo" piden para sí la participación y el acceso que el mundo globalizado les promete, pero además se dan cuenta de que las ideologías globalizadoras se encuentran por encima de los intereses del país; que los Estados nacionales han dejado de satisfacer ciertas necesidades y que es menester buscar nuevos reductos para la expresión y la participación. Se da entonces una tensión entre los deseos individuales y los deseos nacionales o, mejor dicho, entre los deseos individuales y los deseos estatales; pero

además se da el desgaste de los deseos estatales frente a los anhelos globalizadores.

Aquí es necesario hacer un alto e introducir un paréntesis que nos parece importante: el problema de las identidades en relación con la globalización reviste varias aristas: identidades globales, nacionales o culturales, todas ellas se encuentran relacionadas con la producción y uso de los contenidos simbólicos que circulan a través de distintas estructuras de comunicación formales y no formales, es decir, con el entramado social en su conjunto.

La oposición entre diversas clases de indentidades puede ser vista desde distintos aspectos: todos somos parte de la globalidad, pero la globalidad no existe sino en la medida en que reconocemos la presencia de distintas identidades nacionales: reconocemos a la nación como el constructo que se esfuerza en corregir una injusticia,⁹ y reconocemos al otro como poseedor de ciertos derechos inalienables. Cuando ello no sucede, los grupos sienten la necesidad de cristalizar su derecho a la participación en demandas concretas sobre la base no de la unidad nacional sino antes bien de la diferencia cultural.

El problema es que la nacionalidad y las identidades nacionales están dejando de abordar cuestiones irresueltas de identidad cultural.

Los proyectos nacionales generalmente incorporan elementos simbólicos que se difunden a través de distintos circuitos de comunicación con el propósito de mantener cohesionado al todo social. Los individuos necesitan identificarse con algo o con alguien para poder encontrar sentido y dirección de grupo a sus acciones. Esos elementos de identidad bien pueden estar en un rescate de la tradición, la herencia cultural o el lenguaje.

En un escenario cambiante donde los contenidos simbólicos que dan sustento a la identidad ya no son operativos, es necesario recordar que el grupo social se inserta dentro de parámetros más complejos, como pueden ser el Estado nacional, las economías de bloque y el nuevo orden internacional. Resulta difícil entonces seleccionar a

⁹ Aquí queremos acercarnos a la idea del filósofo Isaiah Berlin (1909-1997), quien en sus vastas ideas alguna vez expresó que los nacionalismos nacen cuando los pueblos buscan reconocimiento e independencia en respuesta a la opresión y a la explotación.

partir de los contenidos provenientes de todos y cada uno de estos ambientes, aquellos que puedan dar real y verdadero sentido a las condiciones de identidad demandadas por los sujetos. Como indica Rosales:

las opciones y decisiones en escala nacional están hoy severamente limitadas por las presiones internacionales que erosionan los principios constitutivos de los Estados nacionales. Lo local y lo regional establecen relaciones que traspasan las fronteras nacionales, las transformaciones tecnológicas que han originado la reconversión industrial, la fábrica difusa, las inversiones oscilantes del capital, el uso cada vez más amplio de las telecomunicaciones, los movimientos migratorios, las guerras de "baja intensidad", la violencia interétnica y la formación de fuerzas militares multinacionales, la crisis ambiental y la discusión internacional sobre el desarrollo sustentable, son solamente una parte del escenario complejo donde las identidades nacionales y la pluralidad cultural deben ser comprendidas (Rosales, 1995:6).

Por otra parte, no son solamente los escenarios internacionales los que cambian; también los nacionales y la constitución misma de los grupos sociales, quienes ya no se sienten satisfechos por los contenidos simbólicos que la sociedad les proporciona. Y es aquí donde haríamos la distinción entre los mensajes que proveen los medios, como reflejo de la unidad social y de la identidad nacional que busca la conformación de un estandarizado global y anula las diferencias, mientras que por otro lado estarían los contenidos simbólicos expresados por los propios grupos, los cuales representan la auténtica identidad cultural, viva y cambiante, de los sujetos en interacción.

Los contenidos simbólicos de estos dos tipos de mensaje están comenzando a chocar unos con otros: los primeros, los estatales-nacionales, responden a una mezcla de modernidad-cosmopolitismo que pretende llevar la nación hacia un desarrollo donde conserve los elementos distintivos de la identidad nacional, de aquello que tradicionalmente ha constituido una estructura con claras aspiraciones hacia la modernidad y la globalización: los segundos in-

tentan vincular las aspiraciones de grupo y de identidad cultural distinta que comienza a enfatizar la diferencia y que por tanto se contrapone a los contenidos estandarizadores normalmente difundidos por los medios de comunicación. Así, los grupos han comenzado a buscar medios alternativos de expresión, en ocasiones diferentes de los suministrados por las estructuras sociales tradicionales.

A partir de la aparición de las economías de bloque, las cuales nos sumergieron irremediablemente en un torbellino globalizador, las identidades tradicionales perdieron legitimidad, al grado que algunos autores opinan que estamos frente al problema de construir formas posnacionales de identidad (Bartra, 1997).

No podemos aquí dejar de enfatizar esta doble presencia de la identidad; por un lado la identidad cultural y por otro la nacional que es una construcción estatal, difundida a través de distintos medios, que se disemina a lo largo del tiempo y de la historia con el propósito de alimentar los mecanismos de la tradición y de la mitología.

En la era de la globalización y de la integración en bloques, los Estados nacionales han sufrido una cierta desagregación interna, vinculándose a otros con el fin de constituir identidades supranacionales (precisamente de bloque) con las que sea posible generar nuevos discursos y nuevos mecanismos de acción. El problema radica, precisamente, en que el proceso no ha sido fácil y en que junto con los discursos globalizadores encontramos manifestaciones separatistas o excluyentes.

Atestiguamos una tensión entre la búsqueda de los valores universales y los valores específicos. Nos percatamos de una severa crítica hacia los nacionalismos impuestos y hacia los discursos integradores que se ponen en entredicho. Observamos una lenta desintegración de los Estados nacionales originales y una pugna por la reconstitución de identidades a través de las cuales los sujetos no hacen sino remitirse a lo que finalmente les da individualidad y sentido: la raza, la lengua, la religión, las formas de vida; en una palabra, aquello que diferencia y separa, aquello que, lejos de estandarizar, distingue y finalmente nutre al espíritu, es decir, la cultura. Y observamos a los medios de comunicación como copartícipes de la contradicción, reflejando momento a momento los deseos individuales frustrados, la

decadencia de los valores universales y la gestación de los nuevos discursos. Basta con mirar alrededor para comprender que quizá los movimientos separatistas son una reacción nueva a una vieja disputa no resuelta del reconocimiento de las identidades culturales.

Al principio, la disputa fue hacia los Estados nacionales que albergan en su seno a grupos culturalmente distintos; ahora, el reclamo quizá también sea ante un mundo que busca integraciones en bloque que diluyen grandemente las diferencias culturales, pues como indica Habermas (1989:102), las ideas abstractas de universalización constituyen una materia dura en la que se refractan los rayos de las tradiciones nacionales, del lenguaje, la literatura y la historia de la propia nación.

Tanto se nos ha “vendido la idea” de la democratización, que hemos hecho equivalente la posibilidad de participación nacional a la participación internacional o globalizada. Los derechos humanos son nuevamente derechos universales (globalizados) que muchas veces contrastan duramente con los intereses nacionales; de manera que cuando el Estado inhibe la participación ciudadana, la única alternativa es brincarse la figura del Estado y en nombre de las identidades culturales rescatar los deseos individuales. De esta manera, los separatismos se convierten en una opción frente a este otro tipo de identidad propuesta por el mundo globalizado: una identidad de tipo posnacional.

Como el propio Habermas indica (1989:115) es difícil que la vida cultural, lingüística e histórica de un pueblo coincida con la organización que representa el Estado. Ello no significa que el contenido universalista deje de tener vigor; sucede que cuando el Estado ya no satisface las necesidades de expresión política de los deseos universales así como de los deseos individuales o culturales, el individuo pone en tela de juicio la constitución del Estado nacional y pugna por la separación. Recordemos que la identidad es a la vez un proyecto de vida y en este caso de nación.

Los medios frecuentemente se hacen eco de las contradicciones cuando el proyecto de nación propuesto por los Estados nacionales deambula sin rumbo o sin definición, o cuando definitivamente camina en rumbo opuesto a la distinción cultural. Entonces los grupos buscan manifestarse de diversas formas, pues, siguiendo a Geertz, “no existe naturaleza humana independiente de la cultura; [sin ella,

los hombres] serían monstruosidades inexplotables con escasos instintos útiles, pocos sentimientos reconocibles y nada de intelecto: casos de canastas mentales (Geertz, 1974:49). Uno se pregunta entonces si esta vuelta a las diferencias culturales no busca sino huir de las inconsistencias (indefinición cultural) de una civilización globalizada.

En las naciones conflictuadas frecuentemente la ciudadanía y la diversidad cultural parecen estar relacionadas a la inversa. Cuando una crece la otra decrece. Los ciudadanos titulares carecen de cultura y aquéllos más envueltos en ésta carecen de ciudadanía plena, como indica Bonfil en relación con el México imaginario y el México profundo (Bonfil, 1990), o como han anotado otros respecto al México indígena y al México ladino (Rosaldo, 1991:83). Sin embargo, los medios de comunicación crean zonas de visibilidad o invisibilidad cultural, apuntando hacia la difusión de las prácticas de unos y la supresión de las de otros. Ello no quiere decir que estas últimas no existan, lo que sucede es que la diferencia cultural representa una amenaza al orden cultural. Cuando esta diversidad cultural es presentada, parece como si los medios se empeñaran en resemantizar sus rasgos con el fin de hacerlos congruentes con los patrones de los Estados nacionales o de la globalización.

También es cierto que los sujetos retoman productos simbólicos de uno y otro ámbito, y recrean su valor con el propósito de generar nuevos elementos simbólicos que se suman a la identidad. No obstante, la "hibridización" (García Canclini, 1990) no interfiere con los dos grandes discursos presentes: el del Estado y el de la globalización; antes bien, los propios procesos de hibridización integran ambos discursos al punto de hacerlos compatibles. El riesgo está en construir un *nuevo discurso* frente al cual aparezcan las incongruencias del sujeto globalizado a quien se le ha ofrecido el acceso y la participación plena, y del sujeto ciudadano que, de hecho, no participa.

La disyuntiva es: para el Estado, difundir un discurso nacional que permita mantener la integridad nacional y a la vez sea congruente con el discurso internacionalizador de las economías de bloque; para los diversos grupos sociales, garantizar un nivel de democratización tal que les permita mantener su identidad cultural en diferentes espacios públicos.

La tensión entonces es permanente: la de los medios por proyectar una realidad nacional que aparentemente comulga con una realidad internacional, y la de los diversos grupos que pugnan por manifestarse e indicar las inconsistencias de las ideologías inclusoras.

Las identidades son definitivas en términos de la acción social. Los sentimientos de pertenencia a un grupo son fundamentales cuando éste decide o no participar políticamente para expresar proyectos alternativos. En una primera instancia las identidades culturales pueden convivir con las identidades nacionales, pues pertenecer a una colectividad mayor llamada Estado-nación puede en un momento dado reportar beneficios para la administración de la riqueza; sin embargo, cuando la asociación estatal deja de ser benéfica para los grupos involucrados, éstos pueden optar por escindirse de tal asociación.

La conciencia social se nutre de la identidad, y la identidad cultural (que no la nacional) tal y como la hemos entendido aquí, se apoyaría fundamentalmente en nociones compartidas de cultura, raza, lengua, religión o modos de vida. Cuando algunas de estas condiciones propias de la identidad cultural se ven amenazadas, el grupo se decide por la participación o la acción social.

La cultura se manifestaría entonces como la expresión social más viva de las identidades; aquella que le otorga vida, sentido y metas precisas a la participación social. Los movimientos sociales importantes o de ruptura muchas veces se ven alimentados por las identidades culturales que devienen en separatismos.

La problemática surge cuando a partir de la presencia de las hegemonías culturales —sean nacionales, transnacionales o globalizadoras— aparecen los movimientos de inclusión; éstos son fuertemente rechazados por movimientos de exclusión, frecuentemente más esenciales, más vitales, más existenciales que los primeros: los separatismos.

Simbólicamente entran en contradicción la universalidad *versus* la regionalidad; la unidad *versus* la separación; la similitud *versus* la diferencia. Los Estados nacionales se han visto obligados a reconocer la diversidad dentro de la unidad, las posibilidades de nuevos pactos políticos que tomen en cuenta la autonomía dentro de la integración o de los federalismos, y en todo caso a admitir las posibilidades de la fragmentación política, que no es sino la manifestación de una fragmentación cultural previa.

La lucha aparece cuando, en aras de la unidad, las ideologías tienen que replegarse a sí mismas para poder subsistir, cuando los movimientos luchan por la tolerancia que frecuentemente los grupos no están dispuestos a ofrecer y cuando la intransigencia transita de la acción social civilizada a la acción violenta.

Los medios privilegian o no contenidos separatistas en la medida en que éstos atentan o no contra la eficiencia misma de la estructura de medios y del sistema social al cual sirven; se apropian de las cargas culturales que de por sí están ya circulando en el ambiente y se aprovechan de su profundo valor emotivo; pero en general, y debido a que optan por la separación, puede ser igualmente riesgoso para ellos: casi siempre reviven las identidades nacionales o las sustituyen por identidades globalizantes que contrarresten las expresiones legítimas de los diversos grupos.

Los movimientos excluyentes adquieren fuerza si no logran cristalizar sus demandas a través de las estructuras existentes. Recordemos que el concepto de nación tiene su fundamento en la cultura, y que una nación es conformada esencialmente por quienes se consideran a sí mismos diferentes, se consideran pueblo (Gellner, 1964). El concepto de pueblo no puede ser impuesto por medio de las ideologías nacionales; éste emana de condiciones esenciales de vida y de reconocimiento del otro como semejante.

La pluralidad —o la diversidad cultural— no puede coexistir con la unidad mientras no se dé la tolerancia: cultural y política. Y la tolerancia política no puede darse cuando atenta contra la unidad. Por ello, los Estados ven amenazada por principio su identidad a manos de las fuerzas del mercado e insisten en diluir las diferencias de por sí uniformadoras de la pluralidad cultural en identidades nacionales o en identidades globalizantes.

La confrontación de identidades se da ahora en los medios: la declaración política, la entrevista, la conferencia de prensa, la guerrilla virtual son ahora los campos simbólicos en los que se produce la batalla entre las identidades: los universalismos globalizadores *versus* los particularismos culturales se ven confrontados en el éter que transporta los contenidos simbólicos de los medios.

Como dice Morin, es indispensable poder concebir la unidad de lo múltiple y la multiplicidad de lo uno. El verdadero problema es ser capaces de ver lo uno en lo otro. A menudo tendemos a ignorar

la unidad del género humano cuando se ve la diversidad de las culturas y de las costumbres, y a borrar la diversidad al contemplar la unidad. Es necesario comprender lo uno y lo múltiple, ya que las mentes incapaces de concebir la unidad de lo múltiple y la multiplicidad de lo uno generan irremediablemente la unidad que homogeneiza o las multiplicidades que se encierran en ellas mismas (Morin, 1997).

Globalización y separatismos son dos caras de la misma moneda; el problema radica en que nos empeñamos en ver solamente una de ellas, sin comprender que ambas son facetas de la misma naturaleza humana.

Las leyes del azar social hicieron que la moneda cayera sobre la cara de la globalización y por ello ése es el estándar con el cual queremos medirlo todo; pero la base sobre la cual la moneda se apoyaba ostenta fisuras y presenta ahora a la moneda de canto. O vemos ambas caras, o muy probablemente el siglo XX pase a la historia de la humanidad como el final del reconocimiento del otro por la vía del empecinamiento.

Referencias

- Bartra, Roger, "The bridge, the border and the cage: cultural crisis and identity in the post-Mexican condition", Conferencia presentada en la sesión inaugural plenaria de la reunión anual de la American Sociological Association, 9 de agosto de 1997. Traducida en *Vuelta*, año XXI, núm. 255, febrero de 1997.
- Bonfil Batalla, Guillermo, *Pensar nuestra cultura*, México, Alianza Editorial, 1991.
- Braudel, Fernand, *Escritos sobre historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- , *Las civilizaciones actuales*, Buenos Aires, Rei, 1991.
- Fuentes, Carlos, "La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial", en *Coloquio de invierno. Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América Latina y México*, vol. 1: *La situación mundial y la democracia*, México, UNAM/CNCA/FCE, 1992.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo/Conaculta, 1990.

-
-
- Lechner, Norbert, "La democracia en el contexto de una cultura posmoderna", en *Cultura, política y democratización*, México, FLACSO, 1987.
- Gellner, Ernest, *Thought and change*, Londres, 1964.
- Habermas, Jürgen, *Identidades nacionales y posnacionales*, Madrid, Tecnos, 1989.
- Martín Barbero, Jesús, "Globalización comunicacional y descentramiento cultural", *Diálogos de la Comunicación*, núm. 50, Felafacs, 1997.
- Rapin, Anne, "Entrevista a Edgar Morin", *Label France*, revista del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, núm. 28, julio de 1997.
- Rosaldo, Renato, *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, México, Grijalbo/Conaculta, 1991.
- Rosales Ayala, Héctor, "Políticas culturales en México", *Aportes de Investigación*, núm. 50, México, CRIM/UNM, 1991.
- , "Identidades nacionales y pluralidad cultural en América Latina", inédito, 1995.